



Una heroica agonía

Por Eduardo Cáceres V.

Quizás sea esta muerte, absurda e injusta, el último gesto de quien reiteradamente nos llamó la atención sobre la banalización de la muerte como efecto de una guerra silenciosa que tenazmente denunció. Al fin y al cabo pareciera que sólo cuando aparece al lado nuestro, cuando acaece entre los nuestros, familiares, amigos, contemporáneos, es que tomamos conciencia de su fría y definitiva contundencia.

Para cada uno de nosotros esta muerte tiene un significado particular, porque para cada uno de nosotros la vida de Tito tuvo un significado particular. De las muchas imágenes que conservo de él, a lo largo de casi treinta años de amistad, quisiera compartir con ustedes las más recientes. La de la última conversación lúcida con él, justamente en torno al texto que ha leído Gonzalo Portocarrero, en torno a este país, en torno a esta ceremonia del adiós, en la que me pidió garantizarle sencillez, las palabras de dos amigos, la música de otros, y ahorrarnos la tristeza. Y me ofreció su nombre y su obra para lo que fuera útil en el proyecto que siempre compartimos. La del último encuentro con su cuerpo aún vivo, tenazmente aferrado a la vida, peleando su heroica agonía, ratificando que la historia, colectiva o personal, es duración, no grito aislado.



"Me ofreció su nombre y su obra para lo que fuera útil en el proyecto que siempre compartimos. La del último encuentro con su cuerpo aún vivo, tenazmente aferrado a la vida, peleando su heroica agonía, ratificando que la historia, colectiva o personal, es duración, no grito aislado"

frase expresaba también una convicción personal.

En un texto de 1976, aquel que cierra la antología sobre Túpac Amaru, Tito termina mencionando a Sartre para explicar al gran rebelde: "No se nos juzgará solamente por nuestras intenciones; más que los efectos voluntarios de nuestros actos, lo que dará la medida de nuestra capacidad, serán los resultados involuntarios que hemos presentado, explotado o en todo caso asumido". Y añade: "En el proceso a que fue sometido, Túpac Amaru no se retractó de sus actos. Voluntarios o involuntarios, los asumió plenamente". Tras la aparente paradoja de querer juzgar a un hombre que vivía entre el siglo XVIII de la historia occidental y el tiempo cíclico del mundo andino con la ética existencial del s. XX, reside una de las tantas claves de la obra de Tito: la capacidad para hacernos contemporáneos de lo histórico y para descubrir nuestras propias claves en quienes nos aparecían lejanos e inaccesibles personajes del pasado.

AFIRMADO EN SUS CONVICCIONES

Escribiendo sobre el Amauta muchas veces escribió sobre sí mismo. Las últimas páginas de *La Agonía de Mariátegui*, en las que especula en torno a las opciones de José Carlos de haber vivido más allá de abril del 30, pueden ser leídas también una suerte de confesión de parte so-

“**AGONIA NO ES UN PRELUDIO DE LA MUERTE, NO ES CONCLUSION DE LA VIDA. AGONIA — COMO UNAMUNO ESCRIBE EN LA INTRODUCCION DE SU LIBRO— QUIERE DECIR LUCHA. AGONIZA AQUEL QUE VIVE LUCHANDO, LUCHANDO CONTRA LA VIDA MISMA. Y CONTRA LA MUERTE**”

bre su vocación intelectual. Incapaz de pensarse renegado del marxismo y reconciliado con la burguesía, así como callado y sumido frente a la ortodoxia stalinista, no sucumbió ante la tentación del "intelectual solitario" . . . "conservando la inteligencia despierta y el pensamiento crítico sin estar sumergido en la lucha de clases". Lo que entonces afirmó es hoy tremendamente actual, ante su cadáver y ante el escenario de un mundo sacudido por el derrumbe de experiencias fallidas de socialismo: "la muerte interrumpió la etapa tal vez más apasionante de su vida, un período de prueba en el cual se le exigía una respuesta original, donde hubiera tenido que llevar a los límites su heterodoxia y donde su biografía se terminaría enmarcando con el continente para proseguir un debate al interior del marxismo latinoamericano que apenas estaba en sus ini-

cios". Si hay algo que "lo distingue de sus contemporáneos" (recordando la frase de Sartre sobre Flaubert que citó repetidas veces) es justamente esta peculiar y peligrosa manera de entender y vivir su vocación de intelectual.

Su vocación de totalidad lo llevó a rebasar las fronteras de la historia económica y social. Lo llevó a hurgar por debajo de las conciencias: Buscar las vinculaciones entre las ideas, los mitos, los sueños, los objetos y los hombres que los producen y los consumen, viven y se exaltan con ellos. Abandonar el territorio apacible de las ideas desencarnadas, para encontrarse con las luchas y los conflictos, con los hombres en plural, con los grupos y clases sociales, con los problemas del poder y la violencia en una sociedad". Al extremo de llegar a afirmar, al escribir sobre la aventura inconclusa de José Carlos: "La sociedad peruana antes que una teoría reclamaba un mito". Años después él nos dio su versión del mito, o mejor dicho de la utopía andina: el apasionado seguimiento de ese sueño que se inicia al día siguiente de la muerte del Inca y llega hasta "el Perú hirviente de estos días" y su privilegiado testigo: José María Arguedas.

"Para las gentes sin esperanza, la utopía andina es el cuestionamiento de esa historia que los ha condenado a la marginación. La utopía niega la modernidad y el progreso, la ilusión del desarrollo entendida como occiden-

talización del país. . . Aunque la historia de la utopía está llena de sueños, no faltan las pesadillas . . . (autoritarismo y atrocidades). Es por ello que la clave está en añadir a la pasión utópica "el socialismo moderno con su capacidad para organizar, producir programas estratégicos y moverse en el corto plazo de la coyuntura política".

AL ENCUENTRO DE LA HISTORIA

A través de Tito y su excursión por la utopía conocimos a aquel mestizo del siglo pasado cuyas únicas armas para rebelarse fueron sus sueños: Gabriel Aguilar. Una vez más lo escrito sobre el personaje vale para el autor y para nosotros los lectores: "Aguilar no se dejó doblegar fácilmente por sus pesadillas . . . buscó siempre sobreponerse, navegar contra la corriente, construir una identidad. ¿Cómo? Buscando que sus sueños se encuentren con la historia y que de esta manera la imaginación subvierta la realidad". ¿Cuántas veces lo vimos a Tito desplegando sus velas contra el viento, navegando contra la corriente. Basta haber escuchado el texto que nos dejó antes de morir para recordar qué alejado estaba del sentido común de su tiempo, del realismo desencantado de muchos de sus contemporáneos. Revolucionario, y por ende en las antípodas del socialismo domesticado, a la vez que crítico y libre. Sin miedo a la verdad o a la realidad. En esto encontramos una de las claves de su vida.

Ajeno a idealizaciones ingenuas u optimismos fáciles se sentía, muchas veces cercano a disidentes honestos de raíz populista o anarquista. En la tensión entre la eficacia y la verdad encontraba el punto de gravedad en la moral. Y es por eso que extraía de su reflexión sobre Panait Istrati una definición sorprendente del socialismo: "El socialismo no significaba la solución a todos los problemas ni la anulación de los conflictos. El socialismo era una meta que permitía cohesionar a la gente, otorgarse una identidad, construir una multitud y dar un derrotero por el que valía la pena vivir. Era una moral. Era ante todo una práctica".

Se despidió de nosotros con una Antología de Mariátegui a la que le puso una dedicatoria que traducía en gratitud a la vida su lucidez frente a la muerte: "A los amigos, la vida y la amistad: agradecido". Hoy, ante sus restos mortales no nos queda sino decirle lo mismo con la certeza que seguirá, en su obra, en los suyos, en nosotros, vivo para siempre.